

La literatura griega en la obra en prosa de Francisco de Quevedo

José María CAMACHO ROJO
Jesús María GARCÍA GONZÁLEZ
Universidad de Granada

Abstract

The aim of this paper is to provide a general about the open question of the limitations of Quevedo's knowledge of Greek and to examine the numerous mentions and quotations of Greek authors that can be found in his prose writings. These references, in addition to be used in order to recreate themes of the Greek literature, have other purpose: they support his political, philosophical, ethical and literary thesis and his commitment to christianize the antiquity.

1. El presente trabajo, cuyo alcance matizaremos más adelante, tiene su origen en las lecturas previas a una edición del tratado de Quevedo sobre la *Doctrina estoica* que venimos pergeñando. Hizo también que nos pareciera oportuno un esbozo de este tema el hecho de que en la bibliografía sobre Quevedo no hayamos encontrado ningún título que pretenda abarcar de manera global la presencia de la "cultura griega" en sus escritos¹.

La admiración de Quevedo por el mundo clásico es un lugar común en la valoración de su obra. En términos cabales lo ha expresado Eduardo Acosta, excelente editor de la *Defensa de Epicuro contra la común opinión*: "A lo largo de su intensa trayectoria vital (1580-1645), la admiración por la cultura clásica fue una de las constantes más arraigadas en la sólida, pero también variopinta y cambiante

1. Cf. CROSBY, J.O., *Guía bibliográfica para el estudio crítico de Quevedo*, London, Grant & Cutler Ltd, 1976, y CAMACHO ROJO, J.M., "La tradición clásica en las literaturas hispánicas: esbozo de un ensayo bibliográfico", *Florentia Iliberritana* 2 (1991), pp. 33-92.

personalidad de Don Francisco de Quevedo. Desde los primeros años de su fecundo quehacer literario, Quevedo leía con fruición a los autores griegos y latinos, así como las numerosas versiones de los textos bíblicos. Fruto de este interés es, además de un vastísimo corpus de referencias eruditas esparcidas por el conjunto de su obra, una serie de comentarios y traducciones que incluyen desde el *Anacreón castellano*, a las *Epístolas* de Séneca, desde las *Lágrimas de Hieremías castellanas* a su versión del espurio *De los remedios de cualquier fortuna*².

Nos hemos ceñido a la obra en prosa, con excepción de las traducciones y las cartas por cuanto que, de manera especial las primeras, han sido ya objeto de estudio por diversos autores³. En cualquier caso, no es un trabajo definitivo en modo alguno, sino un rastreo sistemático de las citas y referencias eruditas esparcidas en sus escritos. Por ello, no hay conclusiones, sino más bien propuestas o hipótesis de lectura.

Por razones de comodidad hemos manejado la edición de Felicidad Buendía⁴, que incorpora, respecto a la de Astrana Marín⁵, unos índices onomástico y geográfico que son de gran utilidad, si bien conviene advertir que hay en ellos una serie de incorrecciones que prueban la ausencia en su redacción de algún conocedor avisado de la cultura griega. Así, por ejemplo, en el índice onomástico encontramos "Mileto", nombre claramente geográfico en su primera aparición (*enviando desde Mileto a Efeso*⁶), pero cuyo segundo registro (*de los discípulos de Mileto*⁷) podría explicar su pintoresca inclusión en un índice onomástico. De manera similar, hallamos en dos voces a Clemente Alejandrino y a sus *Stromata*, al cínico Cratete y a Crates, a un Crisipo y a otro que es sólo variante ortográfica del primero, a Traseas Peto, escindido en "Traseas" y en "Peto", etc. Pero, al igual que hay escisiones, hay casos de sincretismo. Son, por ejemplo, uno y el mismo Aristarco, el compañero de San Pablo y el seudónimo del receptor de la premática *La rebelión*

2. QUEVEDO, F. DE, *Defensa de Epicuro contra la común opinión*, estudio preliminar, edición y comentarios de E. Acosta Méndez, Madrid, Tecnos, 1986, p. XI.

3. Cf. CASTELLANOS, D., "Quevedo y su Epicteto en español", *BANL* 1 (1946-1947), pp. 179-213; CASTANIEN, G.D., "Quevedo's *Anacreón Castellano*", *SPh* 55 (1958), pp. 568-575; id., "Quevedo's translation of the Pseudo Phocylides", *PhQ* 40 (1961), pp. 44-52; id., "Quevedo's version of Epictetus *Encheiridion*", *Sym* 18 (1964), pp. 68-78; id., "Three Spanish Translations of Epictetus", *SPh* 61 (1964), pp. 616-626 (trabajo que versa sobre las traducciones de F. Sánchez de las Brozas y Gonzalo Correas, además de la de Quevedo), y BÉNICHOU-ROUBAUD, S., "Quevedo helenista: El *Anacreón Castellano*", *NRFH* 14 (1960), pp. 51-72.

4. QUEVEDO, F. DE, *Obras Completas (Obras en prosa)*, estudio preliminar, edición y notas de F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1988, 2 vols. (6ª ed.). Citamos siempre por esta edición (*OC*).

5. QUEVEDO, F. DE, *Obras completas*, textos genuinos del autor, descubiertos, clasificados y anotados por L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, 2 vols. (2ª ed. 1941-1942, 3ª ed. 1943-1945).

6. *OC*, II, p. 1674.

7. *OC*, II, p. 1676.

de Barcelona, o Diógenes, que es tanto el sinopense cuanto Diógenes Laercio, bajo cuyo nombre se remite a "Diógenes", yendo en merma del cínico el cúmulo de alusiones al biógrafo.

2. Un tema ampliamente debatido y que, en cierta medida, conecta con el nuestro, es el que hace referencia al "helenismo" de Quevedo. En las observaciones preliminares a sus *Estudios sobre poesía española contemporánea* escribía Luis Cernuda que "en realidad, ni nuestra poesía ni nuestra literatura tuvieron apenas contacto con la poesía y literatura griegas, y de ahí se origina quizá uno de sus defectos más graves", precisando que "sin duda nuestro temperamento es refractario a dicha influencia y relación, porque a los contados escritores españoles que supieron griego, Fray Luis de León o Miguel de Unamuno, nada les aprovechó su conocimiento"⁸. No vamos a analizar, por razones obvias, el alcance de estas palabras del poeta sevillano; si las hemos recordado es por el hecho significativo de que, entre esos "contados escritores españoles que supieron griego", no menciona a Quevedo. Y es que el tema del conocimiento que de la lengua griega llegó a tener nuestro autor ha sido controvertido desde el mismo siglo XVII.

2.1. Algunos de sus contemporáneos elogiaron ya más de una vez su saber lingüístico en materia de griego. Entre estos panegiristas figura Lope de Vega, para quien, si en la respuesta a la carta del licenciado Diego de Colmenares, que aparece impresa en la *Circe*, Quevedo era "ingenio verdaderamente insigne y tan adornado de letras griegas y latinas, sagradas y humanas, que para alabarle más, quisiera deberle menos"⁹, en la *Laurel de Apolo* (1630) es "Lipsio de España en prosa", refiriéndose probablemente más a la erudición y al estilo de Quevedo que al interés que compartió con el filólogo belga por el estoicismo¹⁰. También le prodigaron elogios en este sentido el helenista Vicente Mariner, Juan Pablo Mártir Rizo¹¹ y su amigo y editor, José Antonio González de Salas, quien, en sus "Previsiones al lector" de la edición de *El Parnaso Español* hecha en 1648, escribió: "hasta hoy

8. CERNUDA, L., *Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrma, 1975, p. 19, n. 1.

9. Año de 1624. Puede verse en FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE, A., *Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas*, I, Madrid, Rivadeneyra (BAE XXIII), 1876, p. CXXXII.

10. Para Quevedo y el neostoicismo es fundamental el trabajo de ETTINGHAUSEN, H., *Francisco de Quevedo and the neostoic movement*, Oxford, Univ. Press, 1972. Es también recomendable CUEVAS GARCÍA, C., "Quevedo, entre neostoicismo y sofística", en *Estudios sobre Literatura y Arte ofrecidos al Profesor Emilio Orozco Díaz*, I, Granada, 1979, pp. 357-375.

11. En *Defensa del Patronato de Santiago*, 1628: "Su ingenio es conocido por milagro de la naturaleza; gran juicio, gran capacidad, muchas letras, y entero conocimiento de las lenguas italiana, francesa, latina, griega y hebrea". Cf. FERNÁNDEZ-GUERRA, *op. cit.*, p. CXXXIII.

yo no conozco poeta alguno español versado más, en los que viven, de hebreos, griegos, latinos y franceses, de cuyas lenguas tuvo buena noticia, y de donde a sus versos trujo excelentes imitaciones"¹².

Su fama de helenista fue difundida por su primer biógrafo, Pablo Antonio de Tarsia, en un tono altamente laudatorio: "Estudió, además de la latina, la lengua griega, la italiana, la hebrea, la francesa y la arábica, con tanto primor, que fué excelente en todas ellas (...) En el idioma griego fué tan versado, que fuera de haber traducido, a envidia de los unilingües, Anacreonte Teio y otros autores griegos, haciéndolos cantar en castellano aún mejor de lo que ellos lo habían hecho en su propia lengua, mereció que hombres doctos celebrasen sus alabanzas con epigramas griegos, como, entre otros, lo hizo el licenciado Vicente Mariner (...) Demás que escribiendo don Francisco epístolas o otra cosa en latín, engastaba en ellas, como piedras preciosas, muchas palabras griegas; y Justo Lipsio, conociendo su grande ingenio y los progresos que había hecho en este idioma, le escribió desde Lovaina el año de 1605 animándole a tomar la defensa del príncipe de los poetas griegos, Homero..."¹³. Consideraciones semejantes se encuentran en la *Bibliotheca* de Nicolás de Antonio¹⁴, quien, recogiendo el testimonio de Tomás Tamayo de Vargas en su *Defensa de Juan de Mariana*, afirma que Quevedo tenía escritas "in omne genus Scriptorum Hebraeorum, Graecorum, Latinorum observationes"¹⁵.

Entre los críticos modernos son también numerosos los partidarios de Quevedo como buen conocedor de la lengua griega. Cabe citar aquí, entre otros, a A. Fernández-Guerra, F. Janer, E. Mérimée, L. Astrana Marín, A. Papell, E. Gregores y D.G. Castanien¹⁶. Según Astrana Marín, Quevedo inició sus estudios de griego en el período comprendido entre 1592 y 1596 en el colegio de jesuitas de Madrid, donde "al principio se traducía a Isócrates, Esopo y Luciano; luego a

12. En J. JANER,, *Obras de D. Francisco de Quevedo Villegas. Poesías*, Madrid, Rivadeneyra (BAE LXIX), 1877, p. 348.

13. *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas ... escrita por don Pablo Antonio de Tarsia*, Madrid, 1663. Reproducida en QUEVEDO, F. DE, *Obras Completas. Obras en verso*, ed. de L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932, p. 772.

14. *Bibliotheca Hispana Nova*, I, Madrid, 1783, p. 461: "Compluti dedit literis operam Latinis Graecisque, quibus & Hebraicas addidit...".

15. P. 463.

16. FERNÁNDEZ-GUERRA: "Aprendió latín y griego (...) con tanto primor, que en todas ellas era reputado excelente", *op. cit.*, p. XL; JANER: "en diversas de sus obras poéticas se ve claramente que conocía a la perfección el latín, el griego y el hebreo", *op. cit.*, p. XII, n. 2; MÉRIMÉE, E., *Essai sur la vie et les oeuvres de Francisco de Quevedo*, Paris, 1886, especialmente p. 7; PAPELL, A., *Quevedo. Su tiempo, su vida, su obra*, Barcelona, 1947, especialmente pp. 32-33, 245-248, 300-316, 532-537; GREGORES, E., "El humanismo de Quevedo", *AFC* 5 (1953-1954), pp. 91-105; CASTANIEN, "Quevedo's *Anacreón castellano*", cit. en n. 3.

Aristófanes, Tucídides, Demóstenes, etc"¹⁷. A su vez, Papell sostiene que "la devoción que por Grecia sintió don Francisco de Quevedo nació por dos caminos bien eficaces: por sus estudios universitarios en Valladolid y Alcalá y por el trato con los humanistas más insignes de la época. Se sabe que dominaba tan venerable lengua y seguramente debía leer las obras en su misma fuente"¹⁸. Quevedo, según este autor, cursó griego, junto con latín, hebreo, árabe, francés e italiano, en Alcalá, siendo sus maestros "Luis García, Felipe Morales, el doctor Vázquez, el doctor Mansilla, Pedro Ruíz Malo, el doctor Montesinos, el Padre Lorca y el doctor Thenas"¹⁹.

2.2. No obstante, hubo también, entre sus coetáneos, quien creyó que Quevedo tuvo un conocimiento del griego poco más que superficial. Nos referimos, en concreto, a L. de Góngora. Con motivo de la traducción de Anacreonte hecha por Quevedo, el poeta cordobés manifestó su incredulidad al respecto en dos sonetos, el primero probablemente de 1609, fecha de la aparición de la paráfrasis (*Anacreonte español, no hay quien os tope / que no diga con mucha cortesía / que ya que vuestros pies son de elegía / que vuestras suavidades son de arropo (...)* *Con cuidado especial vuestros antojos / dicen que quieren traducir al griego, / no habiéndolo mirado vuestros ojos*²⁰) y el segundo de 1613, a propósito de los ataques hechos por Quevedo a la *Soledad Primera (Las puertas le cerró de la Latina / quien duerme en español y sueña en griego*²¹). Quevedo respondió con otro soneto, que puede fecharse en torno a 1610 (*Yo te untaré mis obras con tocino, / porque no me las muerdas, Gongorilla (...)* *¿Por qué censuras tú la lengua griega / siendo solo rabí de la judía, / cosa que tu nariz aun no lo*

17. *La vida turbulenta de Quevedo*, Madrid, 1945 (2ª ed.), p. 31.

18. *Op. cit.*, pp. 532-533.

19. *Op. cit.*, p. 33. Quevedo menciona, en efecto, como maestros suyos a los doctores Montesinos y Thenas y al padre Lorca. En cualquier caso, no parece que ninguno de ellos fuera un prestigioso helenista. Cf. LÓPEZ RUEDA, J., *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, CSIC, 1973 y ANDRÉS, E. DE, *Helenistas españoles del siglo XVII*, Madrid, FUE, 1988, excelentes estudios dirigidos por el profesor L. Gil, donde no hemos hallado referencia alguna a los citados maestros. La lectura y comentario de algunas obras de Aristóteles era la base de los estudios de filosofía en la Universidad de Alcalá de Henares en la época en que los cursó Quevedo. Se estudiaban, en concreto: a) los escritos de lógica (*Organon*); b) los dedicados a la naturaleza, tanto los que versaban sobre la realidad física (*Física, Del cielo, Meteorológicos*) como los que trataban de la realidad viviente, esto es, los tratados biológicos (*De la generación de los animales*) y los denominados psicológicos (*Del alma, Parva Naturalia*); c) los escritos de filosofía teórica (*Metafísica*); cf. O CONNELL, P., "Francisco de Quevedo's Study of Philosophy in the University of Alcalá de Henares", *BHS* 49 (1972), pp. 256-264, especialmente 258-262.

20. GÓNGORA, L. DE, *Sonetos completos*, ed., introducción y notas de B. Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1985, núm. XVIII, p. 275.

21. *Ib.*, núm. XXI, p. 279.

*niega?*²²), prosiguiendo la invectiva con un romance de 152 versos, que Blecua estima como no muy posterior a 1610, al considerarlo respuesta al primer soneto de Góngora: *¿Quién te mete con los griegos / aun no siendo tú troyano? (...) ¿Qué te hizo Anacreonte / en los versos castellanos, / que le alabas cuando más / pretendes vituperallo?*²³. Debió hacer caso Góngora a la exhortación de Quevedo (*no escribas versos más, por vida mía*), a pesar de que nuestro autor seguía arremetiendo contra él hacia 1625: *No sea griego Quevedo, sea troyano, / mas en romance, ingenio soberano (...) y solamente tú, Matus Gongorra, / cuando garcicopleas "Soledades", / francigriegas latinas necedades*²⁴.

Opiniones similares hallamos en algún que otro preceptista del siglo XVIII. No es muy favorable el informe que en 1786 elevó al Consejo de Castilla el catedrático de Griego de los Reales Estudios de San Isidro, Casimiro Flórez Canseco, acerca de la *Paráfrasis de las Odas de Anacreonte* debida a Quevedo, obra que le había sido remitida a censura por el mencionado Consejo, al pretender editarla el abate Estala. Si bien Canseco analizó la *Paráfrasis* partiendo de la creencia de que no era de Quevedo ni hecha a principios del siglo XVII, sino que se trataba de una falsificación, aunque sin intentar identificar al autor, su escrito no deja lugar a dudas sobre la opinión que le merecía la traducción: "Es también muy notable que se asegure en la dedicatoria que sale *Anacreón con más copiosos comentarios que hasta ahora ha tenido, más corregido el original y con muchos lugares declarados no advertidos jamás*. Tres cosas que, si se desempeñasen bien, cualquiera de ellas por sí sola bastaría para hacer utilísima y muy apreciable la obra y para colocar a su autor en un lugar muy distinguido en la República de las Letras. Pero, por desgracia, ninguna de ellas se encuentra. No veo ningún comentario ni *copioso* ni *escaso*. No veo que se presente el original, no sólo más *corregido*, pero ni aun por corregir, pues sólo se copia el primer verso de cada oda, y éstos con todos aquellos defectos en que es capaz de caer el que intenta formar los caracteres de una lengua que no entiende (...) Tampoco veo *los mismos lugares declarados no advertidos jamás*, que es otra de las ofertas que se hacen en la dedicatoria, a no ser que el traductor tenga por declaraciones nuevas y no advertidas hasta ahora, ciertos pensamientos propios que mezcla con los del poeta griego con tan poca o ninguna oportunidad, que le hace decir lo que seguramente

22. QUEVEDO, F. DE, *Obra poética*, III, ed. de J.M. Blecua, Madrid, Castalia, 1971, núm. 829, p. 829.

23. *Ib.*, núm. 828, p. 235. BÉNICHOU-ROUBAUD (*art. cit.*, p. 52), estiman que éste es una respuesta al romance de Góngora *Aunque entiendo poco griego*. No hallamos razón alguna para tal suposición.

24. *Ib.*, núm. 841, 247.

no pensó"²⁵. Enriqueta de Andrés ha apuntado que muy probablemente la copia presentada para el informe carecía de las notas de crítica textual hechas por Quevedo al final de cada oda, lo que explicaría la frase de Canseco "no veo ningún comentario ni *copioso*, ni escaso". Argumenta E. de Andrés que, aunque Quevedo no ofrece el texto griego original, sus comentarios a las odas, en los que compara sus opiniones con las de Henri Etiènne para discrepar a veces de las del helenista francés, "dejan bien claro que consultó todas las ediciones que tuvo a su mano", para concluir que Canseco "sin duda olvidaba lo que es una paráfrasis y pretendía encontrar en este *Anacreón castellano* una traducción literal, lo que no estuvo nunca en la mente de Quevedo"²⁶.

No obstante, cierta crítica moderna parece compartir esta opinión. Cabe mencionar aquí, por ejemplo, a E. Carrilla, para quien los conocimientos que Quevedo tuvo de la lengua griega distaron mucho de ser profundos²⁷. Esta tesis encontró un sólido apoyo en un trabajo de S. Bénichou-Roubaud publicado en 1960. Se trata de un estudio detallado sobre el *Anacreón castellano*, obra utilizada en reiteradas ocasiones tanto por los detractores como por los partidarios del helenismo de Quevedo, con el fin de dirimir definitivamente la cuestión. El examen detenido de la versión castellana y su cotejo con el texto griego y las traducciones latinas del mismo, revelan, según la autora, que Quevedo "utilizó sistemáticamente, con poco escrúpulo y menos discernimiento, las versiones de sus predecesores; que, por otra parte, sus iniciativas propias abundan en nuevos errores, y que no fueron muy felices sus iniciativas personales en el campo de la lingüística griega o de las conjeturas eruditas". Conviene precisar, no obstante, que la propia autora reconoce que los comentarios de Quevedo sobre Anacreonte o sobre costumbres antiguas y leyendas mitológicas "son fruto de lecturas variadísimas y representan un trabajo considerable de compilación e investigación" y que, en cualquier caso, el hecho de calificar su obra de "paráfrasis" parece indicar cierta modestia y "un deseo de adelantarse a los críticos que podrían censurar las infidelidades de su trabajo"²⁸.

2.3. Quizás, en definitiva, lo más prudente sea adoptar un término medio entre quienes consideran a Quevedo un helenista excepcional y los que afirman que

25. El informe completo de Canseco puede verse en SIMÓN DÍAZ, J., "El helenismo de Quevedo y varias cuestiones más", *RBN* 6 (1945), pp. 88-96. Cf. también GIL, L., *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Alhambra, 1981, pp. 550-551.

26. *Op. cit.*, p. 227. En general, para esta cuestión, pp. 181-186 y 225-230.

27. *Quevedo entre dos centenarios*, Tucumán, 1949, p. 69.

28. *Art. cit.*, p. 72.

desconocía por completo la lengua griega. Esta opinión, que ya apuntó E. de Andrés²⁹, puede quedar avalada por las siguientes consideraciones:

a) Las versiones de Quevedo, tanto la de Epicteto, como la de Anacreonte o la del Pseudo-Focílides, son paráfrasis más que auténticas traducciones, y como tales hay que juzgarlas. Por ello, la expresión literaria prevalece sobre la ajustada y literal versión del texto griego. Conviene recordar, en este sentido, que el propio Quevedo declara en *España defendida y los tiempos de ahora: y entre estos autores* [traductores de griegos, hebreos y franceses], *osadía parece, o es temeridad, nombro a Anacreón mejorado en castellano por mí, y a Focílides en la parte griega*³⁰.

b) Aunque, como demostró Bénichou-Roubaud, Quevedo trabajó fundamentalmente con versiones latinas, conviene no olvidar que, en algunos casos, debió de tener a la vista los originales griegos, ya que corrigió lecturas que no estimaba correctas, por lo que es legítimo pensar que tenía algunos conocimientos de esta lengua³¹. De otro modo, resulta difícil explicar las anotaciones de crítica textual que hallamos, sobre todo, en los comentarios a algunas odas del Anacreonte y del prólogo del Epicteto³², aun cuando en estos comentarios cometa a veces errores graves.

En otro terreno menos filológico, hay una serie de datos que indican que Quevedo debía conocer algo de griego. Así, en el capítulo cuarto de *España defendida*, en el que, *a propósito de la lengua propia de España, de la antigua y*

29. *Op. cit.*, pp. 181-187, 217-220, 234-236, 259-262, especialmente pp. 185-186 y 236.

30. *OC*, I, p. 579.

31. Quevedo pudo iniciar sus estudios de griego con alguna de las siguientes gramáticas: VERGARA, F. DE, *De Graecae linguae grammatica libri quinque*, Alcalá, 1537; LEDESMA, M. JERÓNIMO DE, *Graecarum institutionum compendium*, Valentiae, 1545; NÚÑEZ, P. J., *Institutiones Grammaticae linguae Graecae*, Valentiae, 1555; VILLALOBOS, J. de, *Grammaticae Graecae introductio*, Salmanticae, 1576; SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, F., *Grammatica Graeca*, Antuerpiae, 1581. Puede verse una descripción de las mismas en LÓPEZ RUEDA, *op. cit.*, pp. 153-156.

32. Y no sólo en esas obras. En la *Doctrina estoica*, por ejemplo, enmienda una lectura de San Jerónimo en el sentido de que, donde el santo leía "Pythagora", se debía leer "apathia", y las razones que da son evidentes: *es enmienda que en el yerro tiene de sí tantas señas como letras, pues en a Phytagora están con su ortografía todas las de Apathia invertidas, y en el amanuense o impresores tuvo ocasión al ver las letras formales de "Phytagora" en "Apathia", y no conocer su significación por ser griega, y parecerles que tratando de filósofos era voz confin a Phytagoras, y que no había filósofo de aquel nombre. Hace forzosa esta enmienda el ser allí forzosa esta palabra Apathia, por ser la formal ocasión del error* (*OC*, II, p. 1092). Lo mismo sucede en la *Defensa de Epicuro*, donde rectifica a Lactancio que confunde Aristipo con Crisipo. En ambos casos parece probable que se trata de enmiendas al texto que tiene delante, guiadas más por su erudito saber y su sentido común que por una estricta exégesis filológica.

de la de ahora, ataca las tesis de Gerardo Mercator y enmienda algunas afirmaciones de Bernardo de Alderete, nos encontramos con una apabullante lección de etimologías, aunque hechas, evidentemente, al modo medieval e isidoriano que establece el parentesco más en función de la asonancia de los vocablos que de su significado y evolución histórica³³.

c) Estas disquisiciones, los ensayos sobre el estoicismo y Epicuro y, sobre todo, el ingente número de referencias, alusiones y citas de autores griegos que se encuentran en su copiosa obra, revelan que si su reputación como helenista, tan proclamada por sus admiradores, no responde a un probado conocimiento del griego, sí puede obedecer a sus múltiples y variadas lecturas de la literatura escrita en esa lengua.

3. Las innumerables referencias eruditas que, a lo largo de su obra en prosa, hemos recogido y considerado se concretan en seiscientos sesenta y dos y hacen desfilar por sus páginas a un total de ciento setenta y tres personajes de la cultura griega: poetas, filósofos, historiadores, oradores, dioses, reyes, tiranos, etc. Ni que decir tiene que el reparto es muy desigual en cada caso y, así, frente a los cincuenta filósofos que aparecen y que van desde Anaxágoras a Sexto Empírico, sólo hay mención de tres oradores, o, frente a los diecisiete historiadores, aparecen nueve poetas, si bien en este último caso las referencias a Homero duplican las que se hacen a los otros ocho. Mención aparte merecen los setenta y ocho personajes mitológicos, históricos o literarios, entre los cuales el mayor número de alusiones afecta a Alejandro Magno.

3.1. El reparto es desigual a lo largo de toda la obra y, con las excepciones de Epicuro, Epicteto, Zenón o Clemente de Alejandría, que aparecen prácticamente sólo en obras políticas, filosóficas y ascéticas, los demás personajes pueden también encontrarse, y de hecho se encuentran, en sus obras festivas y satíricas o en su novela picaresca. Es el caso, por ejemplo, de Aristóteles, profusamente utilizado como *auctoritas* de verdades éticas, políticas o literarias, al que encontramos, junto con Séneca, en la *Historia de la vida del Buscón* calificado de un modo no precisamente académico. Dice Don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños: *Pero como yo no quiero a las mujeres para consejeras ni bufonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas es lo mismo que acostarse con*

33. OC, I, especialmente pp. 564-566, 569-571 y 582-584.

*Aristóteles o Séneca o con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas*³⁴.

Entre los poetas sobresale Homero, cuya defensa contra las acusaciones de Escalígero fue encomendada al joven Quevedo por Justo Lipsio en la famosa carta de 1605 donde le llama *gran gloria de España* y le encomienda *quod te hortatur Homerum tueri et hyperaspízein*. No echó en olvido esta exhortación, ya que si en el *Anacréon* anunciaba: *como yo probaré en la defensa de Homero contra las calumnias de J. Escalígero y otros de esta secta, apóstatas de la buena fama del padre de todas las ciencias, en España defendida* da cuenta de una obra suya, perdida, en la que debió llevar a cabo esta defensa: *como yo pruebo en mi libro que intitulo Homeri Achilles adversus imposturas Maronianas Ludovici de la Cerda (redivivi Tersitis)*³⁵.

Prueba de que a pechos se tomó esta defensa el caballero de Santiago es que si, de entrada, mandó a Escalígero al infierno, donde *se estaba atormentando en sus Ejercitaciones, mientras pensaba en las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó por levantar a Virgilio aras, hecho idólatra de Marón*³⁶, en la *Defensa de Epicuro* lo condena eternamente: *en todo tiempo ha habido hombres infames que han tenido en más precio infamar a los famosos que hacerse famoso siendo infames (...) en Homero ya se vio en Zoilo, que hubiera sido el más vil ignorante, si Julio Escalígero, siguiéndole, y a Escalígero otros abominables idiotas, no hubieran excedido su afrenta*³⁷.

Homero, que junto con Píndaro es del único del que D. Francisco ofrece algunos versos en griego (*Il. I.231, II.135*), es *príncipe de los poetas y filósofos* como Aquiles lo es de los mirmidones, *el más sublime espíritu de la idolatría, fuente de las ciencias, padre de la sabiduría y fuente de la doctrina*, maestro de

34. OC, I, p. 379. Recuerda F. CABO ASEGUINOLAZA en su edición de *La vida del Buscón* (Barcelona, Crítica, 1993, p. 360) que A. CASTRO señaló que la misma idea se encuentra en un romance de Quevedo, el titulado "Burla de los eruditos de embeleco que enamoran a feas cultas": *Al que sabia y fea busca, / el Señor se la depare (...)* Aunque a su lado la tenga, / y aunque más favor alcance, / un catredático goza, / y a Pitágoras en carnes. / Muy docta lujuria tiene, / muy sabios pecados hace: / gran cosa será de ver / cuando a Platón requebrare (...) Echese luego a dormir / entre Bártulos y abades, / y amanecerá abrazado / de Zenón y de Cleantes (*Obra poética*, II, ed. de J.M. Bleuca, Madrid, Castalia, 1970, núm. 740, pp. 488-489). Como advierte D. YNDURÁIN (*La vida del Buscón*, Madrid, Cátedra, 1983³, p. 241, n. 333) la facecia se halla también en Cervantes (*Don Quijote I, XXV: Para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles, y, con variaciones, en La casa de los celos y La cueva de Salamanca*).

35. OC, I, p. 562.

36. OC, I, p. 177; *mientras penaba las desvergonzadas mentiras* (*Sueños y discursos*, ed. de Felipe C.R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1984, p. 148).

37. OC, II, p. 1095.

Séneca y de Aristóteles *que en todo le siguió como a fuente de saber, océano que rebosó por arroyos todos los filósofos de Grecia*³⁸.

En *España defendida*, un historiador, Beroso, *al que llamaron chrysoglotón*³⁹, es reivindicado sobre la base de la *Crónica* de Eusebio (de la que Escalígero hizo una edición en 1648 que menciona Quevedo), frente al *mentido Beroso* utilizado frecuentemente por Nebrija, Florián de Ocampo o Mosén Diego de Valera, que no era más que fruto de la invención hecha en 1498 por Annio de Viterbo⁴⁰ ("pícaro fraile" dominico como le llama Bartolomé Gallardo), quien en sus *De primis temporibus*, dedicado a los Reyes Católicos y de gran influencia en la historiografía española del período, asignó a historiadores que realmente existieron (Beroso, Manetón y Fabio Píctor) testimonios de su propia cosecha⁴¹.

3.2. Proponemos aquí una posible clasificación de estas referencias eruditas dispersas en la obra de Quevedo:

a) Referencias "tópicas" sin determinación de fuente.

Es la situación más característica para los personajes míticos, históricos o literarios. Así, Adonis es la encarnación del amor profano⁴², Apolo es dios luminoso; Aqueronte, el barquero infernal⁴³; Aretusa, una fuente⁴⁴; Cambises, un rey furioso⁴⁵; Dafne, la novia del sol⁴⁶; Eolo, preñador de yeguas⁴⁷, etc. No se priva nuestro autor de remedar a Luciano y ofrecernos en el inicio y final de la

38. OC, I, pp. 665, 694; II, pp. 1092, 1344, 1408 y 1564 respectivamente.

39. OC, I, p. 554.

40. Sobre Annio (Juan) de Viterbo cf. CIROT, G., *Les Histoires Générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, Bordeaux, 1905, pp. 66-71.

41. "Este pícaro fraile que, cuando publicó la primera vez este libro con su Beroso, se le [sic] dedicó á los Reyes Católicos don Fernando y D^a Isabel, nos adula tan impudentemente a los españoles que, en el capítulo 2º titulado *Hispaniae Literatura* osa decir: *Ferne octingentis ante annis Hispani claruerunt Philosophia et literis, quam Graeci elementa literarum à Cadmo assequerentur. Tanto videlicet Hispaniae, quam Graeciae antiquior est splendor, et Philosophia!!*" (GALLARDO, B.J., *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, coordinados y aumentados por D.M.R. Barco del Valle y D.J. Sancho Rayon, I, Madrid, Rivadeneyra, 1863, nº 209, col. 217). Para un análisis del falso Beroso y sus derivaciones, cf. CARO BAROJA, J., *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, 1992, pp. 45-78.

42. OC, II, p. 1868.

43. OC, I, pp. 1031-1032.

44. OC, I, 401.

45. OC, II, pp. 1442 y 1453.

46. OC, I, p. 933.

47. OC, I, p. 404.

Hora de todos y la fortuna con seso, como evocación burlesca del Olimpo, un consejo de dioses al que acude Marte (*don Quijote de las deidades*), Baco (*el panarra de los dioses*), Saturno (*el dios marimanta, comeniños*), Neptuno (*el dios aguanoso*), Plutón (*dios dado a los diablos*), Apolo (*dios dado a la barbería*), Mercurio (*dios virote*), Vulcano (*dios de bigornia y músico de martilladas*) o Minerva (*hija del cogote de Júpiter*)⁴⁸.

b) Referencias con determinación de fuente, pero sin especificación del texto o pasaje.

Son aquellos pasajes en que Quevedo atribuye a un autor una opinión, una frase o hace un resumen de varias opiniones de un mismo autor, sin especificar a qué pasaje de la obra se refiere. Así, en *Política de Dios y gobierno de Cristo*, Alejandro es modelo de general por su magnanimidad con los vencidos, por su paciencia ante el aviso del veneno, por su ánimo sufrido en las heridas, por su benevolencia con la mujer y las hijas de Darío, por su paciencia con Diógenes, según declara Plutarco⁴⁹, que es quien, en *Marco Bruto*, dice que Foción reprendió a Demóstenes con unos versos de Homero porque habló mal de Alejandro⁵⁰ y del que en *Doctrina estoica*⁵¹ se saca la anécdota de Anaxágoras y el tirano Nicocreonte que se repite en *De los remedios de cualquier fortuna*⁵². En *España defendida* se alude a un dicho de Aristóteles sobre la nobleza de los antiguos⁵³. En *Los remedios de cualquier fortuna* se atribuye a Epicuro una máxima sobre la riqueza⁵⁴ y en *Las cuatro fantasmas de la vida* se menciona una sentencia de Esquilo sobre la muerte y otra de Menandro sobre el mismo tema⁵⁵. De una gramática escolar parece sacada la referencia a Tucídides que utiliza, en *España defendida*, como apoyo para justificar el significado de la palabra *brághchos* como ronquera⁵⁶.

48. OC, I, pp. 255-256 y 313.

49. OC, I, p. 742.

50. OC, I, p. 931.

51. OC, II, p. 1090.

52. OC, II, 1076.

53. OC, I, p. 560.

54. OC, II, p. 1077.

55. OC, II, p. 1461.

56. OC, I, p. 573.

c) Referencias a pasajes concretos con especificación de la cita, generalmente en latín.

Como era de esperar, el mayor número de referencias afecta a la obra de Aristóteles, del que se citan, acompañando el texto en traducción latina o en versión castellana, el capítulo 21 de sus *Meteorológicos*, el capítulo 21 del libro segundo del escrito *De las partes de los animales*⁵⁷, el séptimo de la *Política*⁵⁸, el décimo de la *Ética a Nicómaco*⁵⁹, los libros primero, segundo y tercero de la *Retórica*⁶⁰, el capítulo 9 del libro undécimo de la *Metafísica*⁶¹, el libro tercero del tratado *Del alma*⁶². También encontramos citas de este tipo relativas a Clemente Alejandrino⁶³, al libro quinto de la *Biblioteca* de Diodoro de Sicilia⁶⁴; a los libros segundo, tercero y décimo cuarto de Estrabón⁶⁵; a los libros tercero y cuarto de Heródoto⁶⁶; a los libros primero, segundo y tercero de Polibio⁶⁷; a los libros cuarto y séptimo de Tucídides⁶⁸; al verso 360 de la *Teogonía* hesiódica⁶⁹; a los libros tercero y décimo tercero de Ateneo⁷⁰, e innumerables referencias explícitas a pasajes de las *Vidas* de Diógenes Laercio⁷¹.

3.3. Este material erudito que hemos reseñado tiene en la obra en prosa de Quevedo las tres finalidades que a continuación señalamos.

a) Sirve de argumento de autoridad para apoyar sus tesis políticas, filosóficas, éticas o literarias. Es el caso de la mayoría de las referencias, por no decir todas, a que hemos aludido en el apartado 3.2.c.

57. OC, I, p. 433.

58. OC, I, pp. 562 y 586.

59. OC, II, pp. 1544 y 1558.

60. OC, I, p. 527 y II, pp. 1459 y 1493.

61. OC, II, p. 1544.

62. OC, II, pp. 1562 y 1566.

63. OC, II, pp. 1102 y 1633.

64. OC, I, p. 556.

65. OC, I, pp. 562 y 552, y II, p. 1630, respectivamente.

66. OC, I, pp. 565 y 562.

67. OC, I, pp. 722, 994-995 y 1020.

68. OC, I, p. 1049, II, p. 1506.

69. OC, I, p. 402.

70. OC, II, p. 1081.

71. OC, II, pp. 1087, 1093, etc.

b) Actúa como referente para su empeño por cristianizar la antigüedad pagana, adecuando sus contenidos teóricos a las enseñanzas de la *Biblia*, libro que resulta, en definitiva, fuente de todo saber y verdad. Este empeño encuentra su más cumplida manifestación en la *Doctrina estoica* que los griegos aprendieron de los hebreos por su proximidad con ellos y que convierte a Job en maestro de Zenón porque *colígese de los autores citados que los cínicos y Zenón que fue su discípulo y el capitán de los cínicos limpios y aliñados que se llamaron estoicos, se precian de ser naturales de tierras confines con Judea, de donde se derivó la sabiduría de todas las naciones; por lo que no sólo es posible, sino fácil, antes forzoso el haber los cínicos y los estoicos visto los libros sagrados, siendo mezclados por la habitación con los hebreos, que nunca los dejaban de la mano*⁷², autorizando así la inclusión en su nómina de estoicos de San Carlos Borromeo y San Francisco de Sales.

Y no sólo de las sagradas letras deriva la doctrina estoica, sino que *como siempre se fundaron en alguna verdad las fábulas antiguas y sea cierto que los más de los nombres con que hicieron los antiguos sus fábulas, los tomaron de las sagradas escrituras, como se ve en el diluvio de Pirra y Deucalión*⁷³. En este punto de la cristianización de la antigüedad pagana su valoración de Platón y Aristóteles resulta clara: *Permitió la Majestad Eterna que por las plumas de los filósofos se deslizaran algunos resplandores de la verdad, anticipados con providencia para vencer la ignorancia contumaz: lo que se reconoce en Aristóteles, cuya doctrina es prólogo admitido de la teología escolástica, con cuya lógica, filosofía y metafísica se confeccionan todos los argumentos de las escuelas católicas, sirviendo de antídoto a la doctrina de Platón con la cual, al opuesto, todos los herejes informaron sus errores*⁷⁴. Al libro de Job hay que remitir también el origen de la tragedia: *este libro (llamémosle así) es en cierto género un poema dramático, una gravísima tragedia, en que hablan personajes dignos della, todos reyes y príncipes; el lenguaje y locución digna de coturno; magnífica y decorosamente grande. Persuádome fue la idea en que estudió el arte Aristóteles viéndola; y primero, de los fenices, los antiguos trágicos como Sófocles; y que desta obra aprendían a guardar el decoro a dios en no sacarle al teatro: lo que se ve en Sófocles en el Ajax flagelífero, que introduciendo a Minerva, no la descubre, sino que hace que Ulises oiga su voz solamente*⁷⁵; o incluso el de la métrica griega

72. OC, II, pp. 1087-1088.

73. OC, I, p. 554.

74. OC, II, p. 1563.

75. OC, II, p. 1482.

y latina: Benito Arias Montano (...) cuidó que en la Biblia Regia se imprimiese este libro en el texto hebreo, verso a verso, que cualquier estudioso de la lengua santa podrá medir como los de Homero y Virgilio; reconociendo que hasta esto aprendieron griegos y latinos de los hebreos⁷⁶.

c) La capacidad de Quevedo para recrear pasajes de la literatura griega, tercer y último destino de los modelos clásicos en su obra, no constituye, ciertamente, ninguna novedad. Es esta una cuestión que ha sido debatida y bien analizada por diversos estudiosos⁷⁷. No queremos, sin embargo, terminar sin aludir, enlazando prosa con verso, a un personaje muy citado por Quevedo. En el "Discurso de todos los diablos", Clito, el valido de Alejandro, presenta por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que le tuvo por bufón y se rió de verlo y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: no me quites lo que no puedes dar⁷⁸. Los epítetos con que Diógenes es aquí calificado se repiten en un romance, creemos que poco conocido, que se titula "Visita de Alejandro a Diógenes, filósofo cínico"⁷⁹ y que es una síntesis, una genial recreación del cuarto discurso diogénico (*De regno*) de Dión de Prusa.

Al margen de los conocimientos más o menos profundos que de la lengua griega pudiera tener D. Francisco de Quevedo, lo que tenía y de lo que no se hurtaba en hacer gala y exhibición, era una vastísima erudición y un profundo conocimiento de la literatura y de la cultura griegas como queda claro de cuanto

76. OC, II, p. 1484.

77. Para la relación de Quevedo con Luciano, cf. VIVES COLL, A., "Algunos contactos entre Luciano de Samosata y Quevedo", *Helmantica* 5 (1954), pp. 193-208, y MORREALE, M., "Luciano y Quevedo: la Humanidad condenada", *RLit* 8 (1955), pp. 213-227. Para Quevedo y la *Antología griega*, cf. CROSBY, J.O., "Quevedo, the Greek Anthology and Horace", *RPh* 19 (1965-1966), pp. 434-449 (trad. esp. en SOBEJANO, G. (ed.), *Francisco de Quevedo*, Madrid, Taurus, 1978, pp. 269-286). Otros trabajos que pueden interesar son los de LERNER, L.S., "Supervivencia y variación de imágenes clásicas en la obra satírica de Quevedo", *Lexis* 2 (1978), pp. 27-56, y Martinengo, A., "Biblia vs Omero: el tema del mare e della navigazione nella poesia morale di Quevedo", *SI* (1985), pp. 73-95.

78. OC, I, p. 229.

79. *Obra poética*, II, núm. 745, pp. 499-503: *En el retrete del mosto, / vecino de una tinaja, / filósofo vendimiado, / que para vivir te envasas (...) Diógenes, que no había sido / socaliña ni demanda (...) respondió: Lo que te pido / es que, volviéndote al Asia, / el sol que no puedes darme, / no me lo quiten tus faldas. En el verso 133 comienza la diatriba cínica: Nadie me invidia la mugre, / como a ti el oro y la plata: / en la tinaja me sobra / y en todo el mundo te falta. / Mi hambre no cuesta vidas / al viento, al bosque o al agua; / tú, matando cuanto vive, / sola tu hambre no matas. / Para dormir son mejores / estas yerbas que esas lanzas; / a todos mandas, y a ti / tus desatinos te mandan (...). El veneno no conoce / las naturales viandas; / vete a morir en la mesa / y a vivir en las batallas. / El no tener lisonjeros / lo debo al no tener blanca; / y si no tengo tus joyas, / tampoco tengo tus ansias (...). Conocemos sólo un estudio de este romance, debido a M. NUÑOZ CORTÉS, "Sobre el estilo de Quevedo: Análisis del romance 'Visita de Alejandro a Diógenes Cínico'" *Mediterráneo* 4 (1946), pp. 108-142 (también en *AUMur* 16 (1957-1958), pp. 137-164).*

hemos apuntado respecto a su obra en prosa. ¿Resuelve la cuestión de si sabía o no sabía griego el hecho de que utilizara traducciones latinas, francesas o castellanas para sus citas? Una posible respuesta nos la da él mismo, a su estilo, en el *Libro de todas las cosas*. En el capítulo titulado "Para saber todas las ciencias y artes mecánicas y liberales en un día", nos dice: *Griego o hebreo, como todos los que lo saben, lo saben sobre su palabra, por sólo que ellos dicen que le saben, dílo tú y sucederáte lo mismo*⁸⁰.

80. OC, I, p. 127.